

*Usos del pasado en la Argentina kirchnerista.
El siglo XIX como fuente para significaciones y resignificaciones
históricas*

Camila Tagle

FFyH-UNC

camilatagle@yahoo.com.ar

Introducción

La imagen verdadera del pasado pasa de largo fugazmente. El pasado sólo es atrapable como la imagen que relumbra, para nunca más volver, en el instante en que se vuelve reconocible (...) Porque la imagen verdadera del pasado es una imagen que amenaza con desaparecer con todo presente que no se reconozca aludido en ella.

Walter Benjamin

El siguiente trabajo se propone analizar las relaciones que vinculan a la historia, la política y la memoria en la Argentina reciente. Los intentos de trasladar hacia el pasado un proyecto político presente constituyen un importante mecanismo puesto en marcha por el

²³⁰ Esto no significa que durante este período no se hayan recuperado ciertas imágenes del pasado argentino: la auto-presentación de Menem como la reencarnación del caudillo riojano Facundo Quiroga, la repatriación de los restos de

kirchnerismo –como por casi todos los gobiernos– para legitimar su poder. A lo largo de una década (2003-2013), argumentaciones históricas recorrieron, con intermitencias y omisiones, el período transcurrido desde la Revolución de Mayo hasta la crisis del 2001: las guerras de la independencia, el peronismo, la década del ‘70, el ciclo neoliberal, brindaron fundamentos para justificar históricamente acciones políticas que se presentan al mismo tiempo como fundacionales y herederas de tradiciones pasadas.

Estas recuperaciones, a su vez, son indicativas de un cambio en las formas de construir representaciones e imaginarios políticos, si se tiene en cuenta la “*presentista*” impronta neoliberal que marcó a la Argentina desde principios de los ‘90. Los gobiernos electos que precedieron al kirchnerismo (menemismo, Alianza UCR-FREPASO) apelaron fundamentalmente a un discurso permeado por la idea del “fin de la Historia” y –en general– por el posmodernismo filosófico prevaleciente a fines del siglo XX: un lenguaje gerencial y el protagonismo de los técnicos, las apelaciones al éxito y a los resultados inmediatos de las políticas impulsadas dejaban poco espacio para inscribir programas de gobierno en tradiciones políticas del pasado argentino.²³⁰ Néstor Kirchner, en su discurso de asunción presidencial

Rosas o el abrazo con el Almirante Isaac Rojas fueron muestras contundentes al respecto; aunque pronto desplazadas por un lenguaje neoliberal “desconocedor” de la Historia.

pronunciado el 25 de mayo de 2003 ante la Asamblea Legislativa, se presentó como “parte de una generación diezmada”, remarcando:

“Les vengo a proponer que recordemos los sueños de nuestros patriotas fundadores y de nuestros abuelos inmigrantes y pioneros, de nuestra generación que puso todo y dejó todo pensando en un país de iguales. Pero sé y estoy convencido de que en esta simbiosis histórica vamos a encontrar el país que nos merecemos los argentino”²³¹

El interés está puesto, entonces, en los usos de la historia realizadas desde el propio discurso político kirchnerista, más que en el oficio de historiadores o instituciones abocados al estudio del pasado. La historiografía así entendida comprende no solo a obras históricas, sino al conjunto de representaciones y preocupaciones de una sociedad respecto de su pasado, fundamentalmente en momentos claves de la vida política nacional. Estas “intervenciones” son fundamentales para dar cuenta de fenómenos tales como la construcción de un sentimiento nacional, un imaginario colectivo y una identidad política. Las palabras de Cattaruzza son ilustrativas al respecto:

²³¹ Néstor Kirchner, 25 de Mayo de 2003.

“En los últimos tiempos, las indagaciones que provisoriamente pueden ubicarse en el campo de la historia de la historiografía se despliegan sobre frentes múltiples: las condiciones de producción y la constitución del discurso acerca del pasado, la relación entre los productos de la historia profesional y el mercado de bienes culturales, la organización de los lugares de la memoria colectiva, los aspectos institucionales que impactan en la producción historiográfica, etc. (...) El área de estudios que solíamos llamar historia de la historiografía comienza a abarcar hoy a productos intelectuales, discursos, ideas, imágenes, instituciones, operaciones realizadas por el Estado a través de sus aparatos...”

²³²

En particular, interesa el modo en que el kirchnerismo alude, interviene, resignifica, la historia del siglo XIX argentino; las formas en que los actores políticos producen o utilizan interpretaciones de la identidad nacional que se remontan a dicha etapa, fomentando, popularizando u omitiendo narrativas históricas. Declaraciones públicas, discursos, conmemoraciones y homenajes que involucren al período mencionado resultan de interés a la hora de comprender el supuesto significado que determinados procesos, relatos o personajes

²³² CATTARUZZA, Alejandro y EUJANIAN, Alejandro, (2003), *Políticas de la Historia. Argentina 1860-1960*, Madrid- Buenos Aires: Alianza Editorial, p.194-195.

tienen para la cuestión de la identidad nacional en el presente. Las operaciones sobre esta etapa de la historia argentina son significativas si se entiende, a modo de hipótesis general, que la tónica “fundacional” del kirchnerismo requiere una necesidad de caracterizar la década 2003-2013 como equivalencia y continuidad de los momentos comúnmente entendidos como “fundacionales de la nacionalidad”.

Las celebraciones por el bicentenario de la patria y la institucionalización del día de la Soberanía Nacional en conmemoración de la Vuelta de Obligado, marcaron quizás los puntos más representativos del uso político de la Historia por parte de dicho movimiento. No obstante, en reiteradas oportunidades el presente fue mostrado como una continuación de los hechos y dirigentes valorados por corrientes que podrían acercarse a un revisionismo histórico nacionalista de izquierda, al que también apelaron las juventudes peronistas de las décadas del ‘60 y ‘70. “Conservadores y revolucionarios”, “unitarios y federales” del siglo XIX parecen reeditarse en la política actual:

“El general José de San Martín, Manuel Belgrano, Mariano Moreno, Güemes, como tantísimos otros patriotas que dieron su vida por la liberación, hoy estarían muy orgullosos de ver este país por el

cual lucharon. A ellos les tocó empuñar las armas para liberarnos del yugo colonial y para hacer un país libre. A nosotros nos tocó empuñar las ideas, las convicciones...”²³³

Un pasado que se capta por determinados actores sociales y políticos y se comprende a través de los cristales del presente, no deja de formar parte entonces de lo que podríamos denominar “querellas historiográficas”. Quattrocchi- Woisson, refiriéndose al peronismo, dice:

“Las conmemoraciones patrióticas son, cada vez con mayor frecuencia, la ocasión de oponer dos modelos de nacionalidad. Estas batallas alrededor de la memoria –estos males de la memoria– son la parte más visible de una querella historiográfica que ha salido del mundo cerrado y tranquilo de los institutos de investigación y de los archivos. En las nuevas circunstancias históricas, la batalla sobre el pasado se lleva a cabo en la plaza pública”²³⁴

Así, consagraciones y exclusiones, conmemoraciones, valoraciones relativas a determinadas figuras o períodos de esta etapa

²³³ Cristina Fernández de Kirchner, 23 de Octubre de 2011.

²³⁴ QUATTROCCHI-WOISSON, Diana, (1995), *Los males de la memoria. Historia y política en la Argentina*, Buenos Aires: Emecé Editores. p. 244.

de la historia argentina, adquieren un particular significado político, en un contexto de cambios profundos para el país.

La apelación a la Historia, convertida en disciplina pedagógica para la nación, puede ser analizada atendiendo a dos cuestiones igualmente importantes para la mirada del historiador, y que se intentarán dilucidar. Por un lado, como se dijo hasta aquí, en tanto mecanismo legitimador del poder y productor de imágenes y representaciones que brindan datos indispensables a la hora de definir una particular cultura política. Por otro lado, la reflexión sobre estos temas induce al historiador a “corregir” aquellos aspectos que pueden haber sido voluntariamente esquematizados o simplificados por determinados actores sociales o políticos, entre cuyos objetivos no se encuentra –ni tendría por qué encontrarse lo que podríamos llamar el “rigor historiográfico”. Decir esto no equivale a postular la existencia de una única verdad, avalada por dicho rigor, sino más bien dar cuenta de las diferentes finalidades que poseen quienes intervienen, desde distintos lugares, sobre el pasado: si bien condicionado por una particular mirada sobre la Historia, el historiador puede advertir cuando los *usos* se convierten en *abusos*; en una instrumentalización tal que olvida los matices que siempre enriquecen el trabajo de reflexión histórica.

Dice la misma autora, siguiendo a K. Pomian: “*Los fantasmas retrospectivos tienen por fuerza un límite, pues el pasado posee una reserva de significaciones propias que restringen el espectro de las que es susceptible de recibir y canalizan la libertad de un eventual dador de sentido.*”²³⁵ Esta advertencia sobre los “abusos”, es importante volver a aclararlo, no conlleva la mera intención de reemplazar los “mitos”, en este caso contruidos por el kirchnerismo, por “verdades históricas”, sino simplemente dar cuenta de la variedad de formas y finalidades que posee el abordaje del pasado. Interrogarse acerca de los fundamentos de ciertas imágenes del pasado, que incluso llegan a convertirse en importantes creencias colectivas, aporta más al conocimiento de la sociedad actual, que demostrar su supuesta “falsedad”. En este sentido, se puede hablar de la “función de verdad” que poseen los mitos para el estudio de las sociedades que los construyen.

Desde esta perspectiva, el trabajo pretende ser un aporte en dirección a lo que Cattaruzza propone como un “programa a cumplir” para los historiadores interesados en estas temáticas:

“La interrogación debe ser, en nuestra opinión, sobre los modos en que una sociedad intenta dar cuenta de su pasado, inventándolo, imaginándolo, investigándolo científicamente o aun

²³⁵ QUATTROCCHI-WOISSON, Diana, *op cit.*, p.323.

aboliéndolo. (...)Nuestra pregunta es, una vez más, social, pero peculiar por tener en su centro la construcción y difusión de las visiones del pasado”²³⁶

Una interrogación con estas características supone el desafío de promover el debate y la reflexión activa sobre el pasado y su sentido para el presente y el futuro deseados.

Los usos del pasado desde una perspectiva analítica

Diversas temáticas, áreas o problemas se relacionan a la hora de abordar los usos políticos del pasado en un momento histórico determinado. En la mirada teórica desde la cual se aborda el presente trabajo convergen varios elementos que se consideran relevantes para el análisis de un fenómeno que presenta múltiples variables. Fundamentalmente, interesan conceptos, ideas y cuestionamientos provenientes tanto de la historia política –principalmente aquellos relacionados con los procesos de legitimación del poder– como de la historia de la historiografía, si se entiende a ésta como el conjunto de imágenes y representaciones que una sociedad construye acerca de su pasado, así como también los diversos modos de concebir a la Historia y su función social.

La relación entre historia y política en la Argentina no es nueva. Desde sus comienzos, o aun en su etapa de profesionalización, la disciplina ha encontrado lo que podría denominarse un “campo de actuación” externo a ella. Los usos políticos de la historia constituyen una de las tantas expresiones resultantes de dicha relación y son alimentados fundamentalmente por una presunción que posee también larga data: la eficacia del conocimiento del pasado para la comprensión de –o *actuación sobre*, podría agregarse– el presente. La representación de la historia como “maestra de vida”, depositaria de experiencias útiles, de la “verdadera” esencia de la nación, constituye así una convicción arraigada en diversos actores sociales y políticos, y de gran actualidad, aunque su utilidad pueda variar en los distintos momentos históricos. Dotar a la nación de un pasado común, para construir sobre ese origen una identidad colectiva, representa a la vez la más antigua y constante función social de la historia, al tender un puente de continuidad entre un pasado distante –que *no pasa*– y el presente de un pueblo o nación. Desde este punto de vista, la historia se constituye en un verdadero instrumento de acción política para quienes pretenden elaborar un nuevo proyecto de nación, y junto con éste, una particular identidad política o imaginario colectivo.

²³⁶ CATTARUZZA, Alejandro Y EUJANIAN, Alejandro, *op cit*, pp.213-214.

El reconocimiento de este hecho por parte de los historiadores puede dar lugar a la formulación de diversos interrogantes acerca de su conveniencia. Sin embargo, constituye un fenómeno que es preciso conocer, dado que forma parte de los mecanismos principales de legitimación del poder político, fundamentalmente el estado: todo estado, con diferentes intensidades, hace uso de su pasado para justificar su posición en el presente. En relación a esta cuestión dice Chiaramonte:

“La intención de poner algunos resultados de la historiografía al servicio de otras actividades humanas no es ilegítima mientras ese servicio sea respetuoso del quehacer historiográfico, sin condicionamiento de sus procedimientos y resultados por intereses provenientes de aquellas otras actividades. Porque, justamente, la única manera de que la historia sea de utilidad a la política es ofrecer frutos que no hayan sido condicionados y deformados por intereses políticos con resultados que padecerán tanto la historia como la política”²³⁷

Los conocimientos construidos desde la disciplina histórica siempre han convivido con un vasto conjunto de imágenes,

²³⁷ CHIARAMONTE, José Carlos, (2012), *Usos políticos de la historia. Lenguaje de clases y revisionismo histórico*, Buenos Aires: Sudamericana. p. 23.

representaciones, arquetipos que influyen en la conducta e imaginación de diversos actores sociales y políticos. Según Enrique Florescano, si bien una de las tareas a la que más se ha abocado el historiador es la de corregir las interpretaciones que distorsionan el conocimiento fidedigno de los hechos históricos, en ningún tiempo éste ha sido capaz de ponerle freno a las imágenes que ininterrumpidamente brotan del pasado y se instalan en el presente y en el sentido común, o a las que cada uno de los diversos actores inventa o imagina acerca del pasado, con diferentes fines.²³⁸

Hasta aquí se presentó al problema desde una posible mirada historiográfica, entendiendo a la historiografía desde una perspectiva abarcativa, como el estudio de las representaciones del pasado, sus posibles usos y apropiaciones por la sociedad. A los fines del trabajo, dicha mirada debe converger con el análisis del poder político, principal “usuario” del pasado, o mejor dicho, de las interpretaciones que circulan en torno a él. Se trata de una nueva historia política, que le otorga importante relevancia a los órdenes simbólicos, imaginarios de lo político. En este marco, el análisis de los usos del pasado cobra sentido en tanto mecanismo de legitimación que apunta a la creación de una memoria e imaginario que pretenden ser compartidos por toda una comunidad:

²³⁸ FLORESCANO, Enrique , (2003), *La Historia y el historiador*, México: Fondo de Cultura Económica, p. 160.

“El pasado se convierte en uno de los insumos claves para construir un imaginario, conformado por representaciones colectivas, en donde se articulan ideas, imágenes, ritos y modos de acción que varían a lo largo del tiempo en función de las necesidades políticas del presente. Y es aquí donde cobra importancia el análisis de las memorias como objeto de estudio de la historia”²³⁹

La voluntad de legitimidad es inherente a todo poder o forma de estado que busque generar consenso en la sociedad –que nunca es del todo libre, sino dirigido o manipulado– transformando la obediencia en adhesión.²⁴⁰ Para desarrollarse con eficacia, los principios de legitimación del poder deben contener elementos que los hagan creíbles y, en consecuencia, idóneos para producir el fenómeno del consenso. Las definiciones acerca de cuáles son los rasgos esenciales de un estado-nación determinado forman parte de dichos elementos. Símbolos, ritos y mitos que apelan al pasado, lejano o reciente, se movilizan en pos de dicha definición; con el fin de lograr la adhesión colectiva de un pueblo, de construir hegemonía, de *inventar*

²⁴⁰ BOBBIO, Norberto, MATTEUCCI, Nicola y Pasquino Gianfranco, (1986), *Diccionario de Política*, México: Siglo Veintiuno Editores, p. 892.

tradiciones.²⁴¹ Esto es particularmente claro con las revoluciones o “movimientos progresistas”, cuando una rápida transformación de la sociedad debilita o destruye los modelos para los que se habían diseñado las viejas tradiciones. Nuevos procesos históricos, nuevas coyunturas y escenarios sociales y políticos, no pueden dejar de producir modificaciones en los marcos interpretativos para la comprensión de la experiencia pasada y para construir expectativas futuras. Según Hobsbawm, en la medida en que existe referencia a un pasado histórico, la peculiaridad de las “tradiciones inventadas” es que su continuidad con éste es en gran parte ficticia. Así, respuestas a nuevas situaciones toman la forma de referencia a viejas situaciones o imponen su propio pasado por medio de una repetición casi obligatoria. Se trata de prácticas, de naturaleza simbólica o ritual, que buscan inculcar determinados valores, legitimar instituciones o relaciones de autoridad, establecer sentidos de pertenencia, lo cual implica automáticamente continuidad con el pasado.

Es importante remarcar que esto vale no sólo para el estado, sino también para aquellos sectores que disputan dicho poder; es decir, ya sea para generar consenso o para dar sentido a los conflictos. Así como tampoco el comportamiento de legitimación caracteriza

²⁴¹ HOBBSAWM, Eric y TERCENCER, Ranger, (2005), *La invención de la tradición*, Barcelona: Crítica, p. 8.

solamente a las fuerzas que sostienen al gobierno, sino también a las que se oponen al mismo. La idea de “políticas de la historia” sirve para identificar tales procesos, a través de los cuales se plantea en forma explícita una idea de lo nacional que resulta funcional para los intereses en juego. Michael Goebel las define como “...*las formas en que se moviliza la historia con el objeto de afectar la distribución del poder político en una sociedad.*”²⁴²

Ahora bien, ¿cómo abordar dichas políticas?, ¿en qué elementos, físicos o simbólicos, se materializan? A este respecto interesan las reflexiones clásicas y recientes, sobre la memoria y su relación con la historia. Particularmente, la idea de *lugares de la memoria*, desarrollada hace tiempo por Pierre Nora, resulta útil para analizar ciertos fenómenos en los que el pasado se ha fijado *selectivamente* en el imaginario colectivo. Dichos “lugares” “...*nacen y viven del sentimiento de que no hay memoria espontánea, que hay que crear archivos, que hay que mantener los aniversarios, organizar celebraciones, pronunciar elogios fúnebres, levantar actas; porque estas operaciones no son naturales.*”²⁴³ Diversos productos culturales se convierten entonces en *vehículos de la memoria*, cuya función consiste precisamente en materializar determinados sentidos del pasado,

²⁴² GOEBEL, Michael, (2013), *La Argentina partida. Nacionalismos y políticas de la historia*, Buenos Aires: Prometeo, p. 11.

llegando incluso a configurar, en ciertos casos, una suerte de “obsesión conmemorativa”.

Así, cuando se habla de la memoria, el acento muchas veces se coloca en aquello que la distancia de la historia como operación intelectual y crítica. Aunque ambas son interpretaciones del pasado, se rigen por distintas reglas: el objetivo de la memoria no es tanto conocer el pasado, como implantarlo, operar sobre él. Indagar acerca de la relación entre memoria y poder constituye entonces un buen camino para abordar el problema de los usos del pasado en un momento histórico determinado. Continúa Nora:

“La memoria es la vida, siempre llevada por grupos vivientes y a este título, está en evolución permanente, abierta a la dialéctica del recuerdo y de la amnesia inconsciente de sus deformaciones sucesivas, vulnerable a todas las utilizaciones y manipulaciones, susceptible a largas latencias y repentinas revitalizaciones. La historia es la reconstrucción, siempre problemática e incompleta, de lo que ya no es. (...) Porque es afectiva y mágica, la memoria sólo se acomoda a detalles que la reconfortan; ella se alimenta de recuerdos vagos, globales o flotantes, particulares o simbólicos,

²⁴³ NORA, Pierre, (2008), *Les Lieux de Mémoire*, Montevideo: Trilce, p. 3. Traducción para uso exclusivo de la cátedra Seminario de Historia Argentina, Univ. Nacional del Comahue.

sensible a todas las transferencias, pantallas, censuras o proyecciones. La historia, como operación intelectual y laica, utiliza análisis y discurso crítico. La memoria instala el recuerdo en lo sagrado, la historia lo desaloja..."²⁴⁴

Memoria colectiva que, a diferencia de la historia, retiene del pasado sólo lo que es capaz de vivir en la conciencia del grupo que la produce y mantiene. Es por definición múltiple, plural, ya que son múltiples los grupos que conforman la sociedad. Pero también es posible hablar de una *memoria nacional*, sensible a las transformaciones históricas, a las necesidades del estado. Ésta debe nutrirse de un relato que, a partir de *nudos significativos*, de elementos invariantes o fijos, organice las memorias y evoque una trayectoria comunitaria posible de ser enunciada como representación de una nación, un pueblo o una sociedad, dado que el núcleo de cualquier identidad grupal aparece siempre asociado a un sentido de permanencia a lo largo del tiempo y el espacio. Para ello, identidades y diferencias se conjugan en pos de un sentido colectivo; el presente no se opone al pasado del mismo modo en que la historia distingue dos períodos históricos: "... *la historia se interesa sobre todo por las*

²⁴⁴ Ibídem.

²⁴⁵ HALBWACHS, M, (1968), *Memoria colectiva y memoria histórica*, traducción de un fragmento del capítulo II de *La mémoire collective*, Revista Española de Investigaciones Sociológicas, nº 69, p. 217.

*diferencias y hace abstracción de las semejanzas, sin las que no habría memoria..."*²⁴⁵ Todas las sociedades, aunque algunas más que otras, desarrollan una especie de "deber de memoria" en torno a ciertos acontecimientos del pasado.²⁴⁶

Los grupos humanos son entonces agentes activos en los procesos de transformación simbólica y de elaboración de sentidos del pasado: actores que luchan por el poder, que legitiman posiciones a partir de vínculos privilegiados con la historia, afirmando ya sea su continuidad o ruptura. El estado posee un peso central en la elaboración y establecimiento de esta "historia-memoria oficial", en el proceso por el cual algunos relatos logran desplazar a otros y convertirse en hegemónicos: dado que construir un conjunto de héroes implica opacar la acción de otros, resaltar ciertos rasgos como esenciales para la nación implica silenciar otros, ocultar las desviaciones de aquellos elementos que deben permanecer como "inmaculados" en la historia.

En este punto, el trabajo con la memoria se toca con la problemática del olvido. Paul Ricoeur reconoce que los *abusos de la memoria* son de entrada *abusos del olvido*, y la causa la encuentra, fundamentalmente, en la función mediadora del relato: su carácter es,

²⁴⁶ La idea de "deber de memoria" pertenece a Paul Ricoeur, quien la define como el "deber de hacer justicia, mediante el recuerdo, a otro distinto de sí": RICOEUR, Paul, (2010), *La memoria, la historia, el olvido*, Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, p. 120.

ineluctablemente, selectivo.²⁴⁷ Lo interesante reside en indagar no sólo el *qué*, sino también el *cuándo* se recuerda y se olvida:

“El pasado que se rememora y se olvida es activado en un presente y en función de expectativas futuras. Parecería que hay momentos o coyunturas de activación de ciertas memorias y otros de silencios, o aún de olvidos (...) Hay también otras claves de activación de las memorias, ya sean de carácter expresivo o performativo, y donde los rituales y lo mítico ocupan un lugar privilegiado”²⁴⁸

Siguiendo a Elizabeth Jelin, es posible identificar al menos tres maneras, no necesariamente complementarias, de pensar los posibles abordajes y aportes que estos temas significan para la disciplina histórica. En primer lugar, la memoria como recurso para la investigación, en el proceso de obtener y construir “datos” sobre el pasado; en segundo lugar, el papel que la investigación histórica puede tener para “corregir” memorias equivocadas o falsas; finalmente, la memoria en sí como objeto de investigación.²⁴⁹ La puesta en juego de cada una de estas variantes constituye un desafío interesante, en la

²⁴⁷ RICOEUR, Paul, *op cit*, p. 572.

²⁴⁸ JELIN, Elizabeth, (2002), *Los trabajos de la memoria*, Madrid: Siglo Veintiuno Editores, p. 18.

pretensión de lograr una comprensión lo más abarcativa posible del fenómeno estudiado.

Las “batallas” de la nación: de Mayo a la *batalla cultural*

A partir del año 2003, el discurso kirchnerista comienza a configurarse como un acontecimiento político-ideológico que, desde el presente, establece una fuerte filiación con un pasado respecto al cual parecen imponerse incluso ciertas “obligaciones”. Un relato –a la vez parcial e inserto en una continuidad global– producido desde el partido de gobierno, se convierte en una herramienta central dentro del capital cultural movilizado frente una ciudadanía que no dejará de producir, por otra parte, sus propias contribuciones.

En general, la atención sobre este fenómeno estuvo colocada fundamentalmente en el modo en que se construyó una memoria acerca del pasado reciente, en el marco de una creciente revalorización de la cuestión de los derechos humanos como política de estado. En este contexto, la *actualidad del pasado* estuvo en gran medida orientada a la recuperación y resignificación del imaginario político de la “memoria militante setentista”, proceso nunca exento de las tensiones impuestas por los umbrales de lo *pensable y decible* en la Argentina de principios

²⁴⁹ JELIN, Elizabeth, *op cit*, p. 63.

de siglo. Según Montero, el “ethos” militante que se proyecta aquí es un ethos heroico y sacrificado, auto-representado como la encarnación del mandato heredado de una generación histórica y diezmada. Los usos, interpretaciones, disputas y representaciones discursivas que desencadena esta figura caracterizan a buena parte de las operaciones que se desarrollan en el plano simbólico de la política actual.²⁵⁰

El evidente protagonismo del XX en la construcción de una memoria colectiva, no obtura, sin embargo, el lugar que el siglo XIX – fuente de las ya clásicas disputas teórico-políticas entre las vertientes tradicionales de la historiografía argentina– ocupa en la elaboración de un relato global del pasado nacional, que de diferentes formas es traído hasta el presente: el ciclo abierto por las guerras de la independencia cede paso a una batalla que en el presente despliega armas fundamentalmente “ideológicas”:

“Los enemigos que enfrentó Belgrano eran grandes potencias coloniales, y en aquel momento lo hacían en el plano territorial, militar, y de dominación. Eran gobierno que se llevaban de aquí todo para las metrópolis. Hoy, los enemigos de la patria intentan una dominación económica, social y cultural”²⁵¹

²⁵⁰ MONTERO, Ana Soledad, *¡Y al final un día volvimos! Los usos de la memoria en el discurso kirchnerista (2003-2007)*, p. 23.

²⁵¹ Cristina Fernández de Kirchner, Celebración del Día de la Bandera, Junio de 2012.

“...Recibía el otro día la carta de un conocido historiador que me decía “pareciera que la Vuelta de Obligado no termina nunca y me parece que cómo va a la historia de la humanidad, jamás terminará”. Pero bueno es saber que como van a haber muchas Batallas de Obligado, inclusive cuando yo ya no esté ni aquí como Presidenta ni en este mundo, preparar a todas las generaciones cultural y políticamente para defender lo que es nuestro”²⁵²

Lo interesante radica en que no se trata ya –o no solo– de formas ritualizadas o establecidas en el que podríamos considerar el “panteón” o calendario patrio nacional (ya sea en su versión “liberal” o “revisionista”) sino que se promueven nuevos usos, entendiendo por estos tanto aquello que se recupera como lo que se hace con ello.

Se nos impone, pues, la exigencia de entender la relación entre historia y política de una manera cabalmente dinámica y compleja: una distancia temporal de más de 200 años –en el medio de los cuales

²⁵²Cristina Fernández de Kirchner, acto de entrega de viviendas en Ezeiza, Octubre de 2014.

tuvieron lugar infinitas disputas historiográficas– no fue suficiente para sellar los límites de un pasado que *aún no pasa*.

Esta situación se vuelve todavía más patente si tenemos en cuenta las tensiones que marcaron a una relación que, al menos transversalmente, atraviesa nuestro problema de investigación: entre la *historiografía académica* y la *historiografía militante*, en términos de Devoto y Pagano.²⁵³ En efecto, el campo disciplinar de la historia del siglo XIX argentino se auto-presenta en la actualidad como sujeto a un proceso de “renovación historiográfica”, a partir del cual algunas interpretaciones tradicionales –referidas a la idea de nación, estado, revolución, por ejemplo– son revisadas a la luz de investigaciones que aportan, fundamentalmente, nuevos matices a un proceso histórico de por sí esencialmente complejo y conflictivo. Sin embargo, la difusión pública de representaciones históricas y la investigación académica parecerían transitar por carriles diferentes, aunque en momentos se entrelazaron. Según Acha, dicha tensión ha tendido a definirse en la última década en favor de la conformación de un “sentido común histórico “revisionista” en la población”.²⁵⁴

Un esquema histórico que goza de cierto asentimiento colectivo se expresa en una sensibilidad narrativa cargada de significaciones

²⁵³ DEVOTO, Fernando y PAGANO, Nora (editores), (2004), *La historiografía académica y la historiografía militante en Argentina y Uruguay*, Buenos Aires: Biblos.

²⁵⁴ ACHA, Omar, (2011), *Desafíos para la historiografía en el bicentenario argentino*, en Revista *PolHis*, número 8, segundo semestre de 2011, p. 58.

políticas y culturales que se generalizó con gran vigor durante la semana de mayo de 2010 pero no se agotó luego y no parece conmoverse por interferencias externas al ámbito político. Los festejos por el bicentenario produjeron la globalización de una interpretación histórica del kirchnerismo desde los tiempos de la colonia hasta el presente, que abreva en la perspectiva del revisionismo nacionalista de izquierda, aunque sin desconocer los aportes liberales. Un “revisionismo ambiguo”, a decir de Acha, sustentado tanto en el plano de la convicción histórica como de la contingencia política. El énfasis en tópicos o figuras revisionistas se expresa en la apelación a dicotomías valorativas netas –Moreno versus Saavedra, unitarios versus federales, etc.– que intentan representar una continuidad más o menos lineal entre las tradiciones “nacionales” y “antinacionales” de 1810 y el presente. Según Acha, sin embargo, “*este reservorio de dicotomías valorativas no es homogéneo ni siempre consistente*”.²⁵⁵ Mariano Moreno, “numen de la Revolución de Mayo” y creador del “primer diario oficialista del país”,²⁵⁶ puede también coexistir con un Saavedra representante de la “unión entre el pueblo y las fuerzas armadas”,²⁵⁷ por mencionar un ejemplo. Cierta coherencia, que en una primera instancia estaría dada por una posición de recuperación del

²⁵⁵ ACHA, Omar, *op cit.*, p.60.

²⁵⁶ Cristina Fernández de Kirchner por el Día del Periodista, 7 de junio de 2013.

²⁵⁷ Cristina Fernández de Kirchner, 203º aniversario de la Revolución de Mayo, 25 de Mayo de 2013.

revisión de izquierda, se complejiza entonces ante una mirada atenta a los cambios, conflictos y continuidades de la política actual.

Elaboraciones que desde un punto de vista historiográfico pueden ser consideradas simplificadoras, esquematizantes o maniqueas, adquieren una importante potencialidad política si se las analiza desde el punto de vista que proponemos. Las respuestas –o interrogantes– que intentamos promover frente las observaciones anteriores deben ser, como dijimos al comienzo, de naturaleza estrictamente política, por lo que su sentido no debería simplificarse en la constatación de meras afinidades con ciertas vertientes de divulgación aparecidas en los últimos años. En todo caso, dicha afinidad adquiere un carácter más complejo si se le interroga por la función que desempeña en tanto legitimación del poder político, o nos revela incluso algunos de los motivos –también políticos– de la dificultad de ciertos relatos especializados para influir en los “sentidos comunes” históricos prevalecientes en una coyuntura dada.

En esta línea, entendemos que la apelación al pasado del siglo XIX por el kirchnerismo forma parte de una *política de la historia* que afecta la distribución del poder en el presente, al proponer mitos y símbolos “actuales” en la coyuntura, capaces de movilizar subjetividades y manifestaciones políticas en determinados sectores, que adquieren así una suerte de “autoconciencia” de ser actores de un proyecto histórico que se remontaría a los orígenes mismos de la

nacionalidad. *Un* pasado nacional es rescatado entonces para definir una estrategia hegemónica en el presente. Esto supone establecer vínculos entre el presente y la historia que operen sobre las actuales relaciones de poder. Dicha recuperación se traduce en un discurso fuertemente ideologizado, pero a la vez permeado por el pragmatismo político propio del peronismo: caracterizaciones revolucionarias se alternan con la prudencia del realismo político. Esto se relaciona directamente con las llamadas “coyunturas de activación” de las memorias; son las necesidades del presente, muchas veces puntuales, las que buscan legitimación en momentos considerados “épicos” dentro de la historia nacional.

Pensar los usos del pasado no sólo como parte de la historia o historiografía, sino como una dimensión constitutiva de la conflictividad propia de la política, implica avanzar en la recomposición de algunas nociones que dejan de entenderse a partir de una negatividad –“uso” o “manipulación”– para pensarse en función de una tensión irresoluble en la que se ponen en juego cuestiones de poder, legitimidad, identidades o imaginarios políticos.

Finalizamos con una cita de Rilla, que aporta claridad sobre las cualidades de la tensión de la que venimos hablando:

“... Hay usos recíprocos, desde luego; es mucho lo que la historiografía le aporta a la práctica y al discurso político. Pero,

al contrario de lo que muchas veces se piensa, también es mucho lo que la práctica política le aporta, como exigencia, como desafío, como “dato empírico” concreto a la investigación historiográfica. No hay que escandalizarse ni temer a esa convivencia friccionada entre las dos áreas. (...) el saber histórico de los políticos es un saber más profano en muchos sentidos, asistemático, interesado -sin duda- pero también, muchas veces –aunque con menor frecuencia- más penetrante, ganado por la intuición y radical. Son algunas ventajas que el historiador no puede permitirse”²⁵⁸

²⁵⁸ RILLA, José, (2012), *Los usos del pasado en la política*. Entrevista por Micaela Iturralde, Revista *PolHis*, Año 5, número 10, 2012, p. 275.

